

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Un vicio muy visible en el panorama literario español es el hecho de que la crítica de la creación esté muchas veces encomendada a quien es creador él mismo. Ramón Carnicer afrontó el problema en el congreso de escritores celebrado en Sigüenza, y no sin riesgo de impopularidad entre la grey literaria, donde tanto abunda este incongruente pluriempleo. Creo recordar que Carnicer concluyó conformándose con «lo menos malo»: Que si no hubiera otro remedio, el poeta comente novelas o dramas, que el novelista haga crítica de obras teatrales o libros de versos, y que el dramaturgo se ocupe de narraciones o poesías...

Como perpetrador que soy de algunos poemas, renuncio a razonar críticamente el libro del poeta José Carlón, «Así nació Tiresias», que acaba de publicarse en la colección Endymion. Como mera confidencia personal -que es lo propio de estas cuartillas-, estampo mi opinión de- que se trata de un espléndido acontecimiento: y sin obligación de demostrarlo, que esto -¡esto sí!- es la verdadera obligación de los criticas.

José Carlón es un poeta reciente, espigado, afable pero no locuaz, que vive su aventura literaria en Madrid, próximo a otros ingenios de este momento afortunado de la joven literatura leonesa. A veces se los ve en el café Gijón, con gente de su cuerda. Pero también, ya un poco curados de la inevitable (y bienhechora) pasión iconoclasta, comparten la mesa pacífica de «sus mayores».

Yo soy uno de sus mayores. Y me alegra saberme continuado -y tantas veces mejorado- en esa memoria del poeta que no es memoria personal sino de la especie: la que a Carlón le lleva a hablar de los portales cuando ya no se besan los novios en los portales, del hombro del repartidor del hielo en un tiempo de electrodomésticos, de princesas que se prendieron los dedos un domingo de Ramos, ahora que no se llevan los calendarios litúrgicos.

* * *

En una de las horas felices de las recientes fiestas de la ciudad, empujados por la multitud que andaba de los Karindas a los títeres, del enganche de los sementales

a la feria del libro de autor leonés, caímos por el barrio de las tabernas buscando el vaso despacioso, callado, reflexivo, donde habita esa serenidad que postulaba el apóstol mayor del vino: Omar Khayyam. Y mejor si era en el sitio de costumbre, por eso de que los grandes ritos se alimentan de muy pequeñas manías.

Vano intento. En el cogollo de la ciudad hirviente de mercaderes y consumidores, en medio de tanta avidez feriante, el establecimiento mostraba la cerrazón de sus persianas metálicas y sobre ellas un edicto de indiferencia sublime: «Cerrado por vacaciones hasta el día 15». Hasta el 15 de julio, supongo que debe entenderse.

Lo primero fue el desencanto. Casi como si nos hicieran una ofensa personal. Quizá lo agravaban unos señores de Bilbao que se echaban la mano a la boina, «¡pero hombre, tú! ¡En plenas fiestas, pues! ¡Y que habíamos venido nada más que por las truchas escabechadas!».

Luego los vizcaínos se fueron detrás de la fanfarria de Rentería, y yo pensé que, en definitiva, cada cual es libre de trabajar o vacar a la medida de su conveniencia, y más en un sistema de libre mercado, como el que ahora predicán nuestros gobernantes. No otra cosa veíamos en mi pueblo, donde los del bar de la plaza, que en la noche del Cristo podrían hacer la caja más lucida de todo el año, avizoraban el final de la función del teatro para apresurarse con la consigna: «¡Ya están saliendo, cerrad, rápido, que no vayan a metérsenos aquí!».